




**Significados y vivencias
intergeneracionales de las
maternidades feministas académicas:**
Ellas y sus hijas e hijos relatan
sus vivencias.

Yolanda Puyana Villamizar

Trabajadora Social especializada en familia.
Magister en Estudios de Población



Con motivo de la celebración de los 30 años del Grupo Mujer y Sociedad convocamos a nuestros hijos e hijas a recordar lo que significó haber sido formados/as por madres feministas y académicas. La mayoría respondió con gusto, incluso un nieto complementó los escritos. Para ello, aportaron reflexiones expuestas en un panel que, por supuesto, despertó todo nuestro interés e incluso provocó risas y lágrimas.

Para este artículo decidimos no sólo divulgar lo relatado por nuestros hijos e hijas, sino preguntarnos cómo nosotras habíamos interpretado ser madres hace un promedio de 40 años. Los relatos los complemento con referencias cortas sobre el contexto social y cultural de cada época, ilustrando las emociones y experiencias de tres generaciones: nuestras madres, nosotras como madres y cómo nos percibe nuestra prole hoy. En ese sentido, constituye un artículo construido por las dos generaciones, en la medida que los recuerdos de las madres también son plasmados en el mismo¹.

En síntesis, el artículo contiene, en primer lugar, unas reflexiones conceptuales acerca de la maternidad como categoría, en segundo momento, el contexto vivido por nuestras madres, unas referencias acerca del momento y las reflexiones alrededor de

haber sido madres y, al final, los relatos de hijos e hijas acerca de su experiencia de ser criadas y criados por feministas académicas.

a- Nuestras perspectivas teóricas acerca de la maternidad

Concebimos la maternidad como un deber ser exaltado y construido por la cultura acerca de la función de la mujer al procrear, la lactancia, el cuidado y las tareas concernientes a la reproducción de la vida. Entre las diferentes sociedades la maternidad ha sido incorporada a explicaciones míticas sobre el origen de la vida humana, ha sido sacralizada por las religiones, naturalizada en el pensamiento cotidiano e incluso desde corrientes del pensamiento científico, se le define como ocasionada por una fuerza biológica innata, derivada de la corporalidad femenina.

Por siglos los imaginarios sobre la maternidad han permanecido sesgados por el patriarcado, que le han asignado a “ellas” el cuidado de la prole, marcando culturalmente las cualidades sobre lo femenino, mientras con relación a lo masculino, se han establecido características encaminadas a proveer a la familia, garantizar la ley reguladora de la vida social, incluyendo el control del cuerpo y la capacidad reproductiva de la mujer. Como lo analiza Ana María Fernández² nuestra sociedad concibe a lo femenino bajo metáforas referidas a que solo es posible ser **mujer si se es madre**. Recordemos las palabras de la autora al criticar la asociación de lo femenino con las cualidades que demarcan a las mujeres: “El mito **mujer=madre**, niega otras características: el amor

1 Quienes contestamos fuimos profesoras de la Universidad Nacional, hoy la mayoría alcanza 70 años y tuvimos los hijos hace 40. Somos Florence Thomas proveniente de Francia, María Himelda Ramírez, María Eugenia Martínez (Kika), Patricia Prieto, Guiomar Dueñas y Juanita Barreto. La mayoría de nosotras somos bogotanas y la autora Santandereana, provenientes de estratos sociales medios y altos de la población. Ninguna tuvo madre profesional, pero María Himelda tuvo una madre trabajadora mientras la madre de Juanita, murió cuando tenía 12 años y la de Guiomar cuando ella nació. A pesar de las diferencias, las tendencias culturales del contexto incidieron en nosotras.

2 Fernández, A. M. La mujer de la ilusión. Buenos Aires. Paidós. 1993

incondicional, niega la agresividad, la ternura, reduce el erotismo, y el saber por instinto. A su vez, conlleva patologías de sobreprotección, la extensión de la madre, niega las posibilidades emocionales de la cercanía entre padre y su descendencia³. Con la metáfora señalada pasa a segundo lugar la valoración cultural de otras tareas sociales del pasar femenino por el mundo, como el trabajo generador de ingresos o su construcción de ciudadanía.

El feminismo ha abordado un intenso debate acerca de la maternidad, desde la clásica visión de Simone de Beauvoir, cuando se refiere a que el cuerpo de la mujer embarazada reproduce el patriarcado y la dominación masculina, hasta el aporte crítico de Adrienne Rich⁴ quien distingue la maternidad como institución reproductora del patriarcado y la práctica materna, que encierra vivencias complejas del día a día y en ella, se rescata el placer, el dolor y múltiples otras formas de ambivalencias, que producen sentimientos contradictorios y ambiguos. Otra mirada ahora en boga en Latinoamérica la constituye la de las ecofeministas, quienes exaltan el papel de la mujer en la reproducción de la vida y también diferencian entre esa función y el hecho biológico de la gestación de un hijo/a.

La polémica del feminismo sobre la maternidad y el maternar es inagotable; sin embargo, hay una tendencia al consenso cuando se postula que la base del maternar es decisión y opción de la mujer, quien es finalmente la dueña del cuerpo que da vida.^{5 6}

De todas maneras, la historia nos remite a la existencia de múltiples maternidades, al no ligar dicha función solo a la tarea biológica de procrear. Persiste en la humanidad la tendencia a que:

“Cuando nos referimos a la madre naturaleza, a la madre tierra y al origen de la vida, estamos buscando un ser inmóvil, único e inexistente: el eterno femenino o la piedra filosofal que resuelva el eterno dilema del mito fundacional de nuestra especie y de todo lo que en el orbe existe”. Juanita Barreto, 2021.⁷

Otro aporte del feminismo ha sido rechazar la afirmación acerca de que “*Madre no hay más que una*”, en tanto afirma que las prácticas invisibles del cuidado de mujeres en todo el mundo, nos enlazan en una red de madres sociales, lo cual permanece ligado a una función indispensable para la sociedad, como es la conservación de la vida, sin la cual la existencia humana es imposible⁸. Finalmente, afirmamos con Silvia Tubert⁹, que la maternidad es histórica y cambia con los cambios culturales, sociales y políticos.

b- ¿En qué contexto nuestras madres vivieron las maternidades?

Quienes participamos de estos relatos pasamos los 70 años, por lo que nacimos en la mitad del siglo XX; época en que nuestra gestación fue resultante de matrimonios consagrados por la religión y la familia, como una institución soñada por nuestras madres. Ellas estaban seguras de cumplir con su función en el mundo, bajo los designios del instinto materno. En su contexto cultural era común exaltar la figura de una madre “como una gallina rodeada de varios pollitos”, procreadora de muchos hijos e hijas, consagrada a ellos, complementaba una visión que consideraba la felicidad, a partir del sacrificio sin construir otros caminos de realización. Tendían a vivir la maternidad como sacrificio: Dios les habían

3 Ibid, Pág 180.

4 Rich, A. Nacemos de mujer: la maternidad como experiencia e institución. Madrid. Traficante de sueños. 2019.

5 Saletí Cuesta, L. Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad. San Cristóbal. Universidad de la Laguna. 2008.

6 Puleo, A. La ilustración olvidada. La polémica de los sexos en el siglo XVIII. Madrid. Anthropos. 2011.

7 Las referencias citadas solo con nombres son tomadas de una reunión informal del Grupo Mujer y Sociedad. Agradecemos de manera especial a Mónica Sánchez por haber rescatado los videos de la sesión, cuando nuestros hijos e hijas expresaron sus opiniones sobre lo que significa haber sido materna dos por estas mujeres. También a Juanita Barreto quien no solo participó en los relatos, sino que transcribió todo el panel en mención.

8 La polémica del feminismo sobre la maternidad es inagotable. Sin embargo, hay una tendencia al consenso cuando se postula que la base del maternar es decisión y opción de la mujer.

9 Tubert, S. Figuras del padre. Madrid. Cátedra.

obligado a parir con dolor y temían no parecerse a Eva. Muchas de ellas creían en una sexualidad más bien enlazada a la voluntad del marido y no los rechazaban porque debían satisfacerlos para que ellos no acudieran a las mujeres de la calle, las “malas ajenas al hogar y lejanas de la Virgen María”.

En esa época los sectores medios y altos de Colombia y de Francia, exaltaban a las madres que habían heredado como valores centrales el amor romántico, el cual propone como sentido del mismo, un sueño para las mujeres, encaminado a ser el centro del hogar y estar acompañadas de un hombre con quien se ha establecido un contrato matrimonial “para toda la vida”.^{10 11} La labor materna, así concebida, fue exaltada por el sociólogo Talcott Parsons, como el ideal de la sociedad del bienestar bajo el sueño de la industrialización en los años 60 del siglo XX en Estados Unidos, junto con la familia ideal, la cual se concebía como eje de la economía del bienestar capitalista. Parsons denominó el rol de las madres en el hogar como el expresivo, quienes estaban a cargo de velar por la salud emocional y el cuidado del marido y la prole, mientras que el padre y esposo fiel cumplía con el rol instrumental y llevaba el pan al hogar (Puyana, 2019).¹²

Así recuerda Kika (2021) el papel de cuidadora de su madre:

”Recuerdo a mi madre con admiración por su sabiduría y habilidades en torno al cuidado del bebé. Por el tono del llanto sabía si tenía sueño, sed, hambre, necesidad de cambiar los pañales y el cólico. Pero usaba costumbres ancestrales de cohibir al bebé como el mame-luco para patalear o el pañolón amarrado al cuerpo”

10 Badinter, E. ¿Existe el amor maternal? Barcelona. Paidós. 1981.

11 Dueñas, G. Del amor y otras pasiones. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. 2013.

12 Puyana, Y. El familismo, sus fuentes y sus articulaciones con la legislación colombiana. Cartagena Universidad de Cartagena. A partir de una lectura sobre los padres fundadores de la sociología y de posiciones críticas al respecto Elizabeth Badinter op. cit. desarrolla en ese artículo que la tajante división entre lo privado y lo público, viene desde Comte en el siglo XIX, porque a la mujer se le designaba como función central en la sociedad la formación moral y afectiva de las nuevas generaciones.

Cuando nosotras nacimos, el promedio de fecundidad de las mujeres en Colombia era alto, 6 hijos por mujer.¹³ Ya había ocurrido en el país la primera revolución demográfica, el desarrollo de la pediatría y la televisión, comenzaba a extenderse con figuras hacia la infancia como la del tío Alejandro y mayor extensión de los servicios de salud. Sin embargo, en Colombia muy pocas mujeres conocían de las técnicas efectivas del control natal y la esperanza o expectativa de vida pasó de 37.5 años en 1938 a 53.7 en 1951”¹⁴. Recuerdo, al respecto, una discusión nocturna de mis padres: mientras ella lo rechazaba ante sus demandas sexuales, él se refería con palabras soeces contra los “curas”, porque le habían dicho a mi madre que el uso de anticonceptivos era un pecado. Mi madre protestaba con toda la razón, porque ya había tenido 10 embarazos, 7 hijos y 3 abortos naturales y, por supuesto, temía volver a quedar embarazada.

Continuando con el contexto de la época, vale la pena señalar que las tasas de la participación laboral de las mujeres en los años 50 del siglo XX eran mínimas (20%)¹⁵ porque en los imaginarios dominantes se idealizaba a las mujeres amas de casa, mientras que poco se apreciaba el trabajo de las campesinas o de las mujeres en los servicios. En dicha época las brechas educativas, respecto a los hombres, eran desfavorables para ellas, las tasas de analfabetismo femenino eran el triple respecto a la masculina y muy pocas accedían a las universidades.

Las prácticas de crianza comenzaron a ser mediadas por la venta de productos de la industria transnacional de alimentos que ofrecían leche llamada de “tarrro”, bajo la metáfora de la madre feliz alimentando

13 Los cambios demográficos en el siglo XX fueron intensos: primero, la disminución de la mortalidad infantil y materna, lo que llevo a un incremento de la natalidad -época en que nacimos varias de nosotras-, luego el descenso de la fecundidad y la aceptación del control de la natalidad y los cambios pertinentes en torno a las concepciones sobre la maternidad y la infancia.

14 <https://www.jstor.org/stable/40601810>

15 León de Leal, M. Estudio de la mujer rural y el desarrollo del capitalismo en el agro colombiano. Publicación electrónica. <https://www.jstor.org/stable/40602163>

bebés con teteros. Recuerdo, por ejemplo, un relato que escuché de mi madre, quien prefería un corto período de lactancia, porque eran mejor usar leche Nestlé para reconocer cuanto habían comido los bebés y que no lloraran.

La mayoría fuimos educadas bajo el designio de la religión católica, en medio del clasismo, racismo y sexismo. Este tipo de educación no sólo se reproducía en las familias, sino en los colegios especializados para las niñas, en los que se difundía una imagen de mujer polarizada y dual, bajo la perspectiva misógina en que se establecía una con la figura de las “buenas” y las “malas”, las vírgenes, las dignas con acceso al matrimonio y las putas, las del placer. Por supuesto, la figura de las santas puras y castas, orientaban nuestra formación, así fuéramos a colegios religiosos o seculares. Otro ejemplo de la época que desconocen con frecuencia las nuevas generaciones es que hasta 1974, la familia consagrada por la ley colombiana estaba a cargo del padre, mientras la madre debía obedecerle y pedir permiso para desplazarse fuera del país o trabajar.¹⁶ Además, si los cónyuges no se casaban por el ritual católico, debían apostatar públicamente.

c- ¿Cómo era el contexto de nuestras maternidades?

En contraste con lo vivido por nuestras madres, nosotras tuvimos hijos e hijas 20 o 30 años después. Ya el contexto cultural y social había cambiado, alcanzamos a ser influenciadas por los vientos mundiales de transformación cultural de la juventud en los años 60 y 70, tales como los movimientos hippies, las revoluciones comunistas como la cubana, por la insurgencia juvenil de mayo del 68 en Francia cuando, masivamente, grupos contraculturales de jóvenes comenzaron inquietantes preguntas sobre las normas referentes a la sexualidad victoriana, que restringía el placer sexual en la cama nupcial de la pareja heterosexual, a través del matrimonio.

¹⁶ Leon de Leal. Op Cit.

Así recuerda este momento Florence Thomas.

“Como hija simbólica de Simone de Beauvoir, mi primer embarazo en la década de los 60, representó para mí un albur terrible... creo que quise reparar de alguna manera mi decisión de abortar en 1965, 10 años antes de la legalización del aborto en Francia en 1975. Simone nos había explicado porque no quería ser madre, no tanto por el rechazo frontal a la maternidad, sino por lo que representaba culturalmente por esta idea de que ser mujer significaba casi automáticamente ser madre. Por luchar contra estos esencialismos que eran debates aún muy tímidos incluso en esta Francia del mayo 68”.

En el caso de Colombia, ya habíamos evolucionado hacia la segunda ola de la revolución demográfica, expresada en el acentuamiento de la migración del campo hacia la ciudad, el decrecimiento de la fecundidad y el promedio de hijos por mujer en el país había bajado a 3.2. Ya habíamos probado la píldora anticonceptiva y los programas de control natal se habían extendido por el territorio nacional. Este implicó una revolución cultural con múltiples impactos en la vida de las mujeres: Por un lado, el reconocimiento de su cuerpo, la separación entre la sexualidad y la reproducción, un mayor tiempo para sí, diferente a la esclavitud que significaba la maternidad como único proyecto de vida. Sin embargo, algunas feministas han mostrado que coincidió con unas ideas sobre el deber ser madre y la construcción de la niñez, que demandaba un tiempo muy alto para las mujeres.

De todas formas, por haber ingresado a la universidad, nuestras vidas se llenaban de sentido al seguir caminos que a veces se contradecían con los tiempos de la maternidad, así nos comenzábamos a retar con carreras profesionales. De esa forma, las ambivalencias pulularon: entre ser madre o trazarnos un camino de realización en la vida a través de nuestros sueños contruidos como personas que participaran en estos cambios intergeneracionales.

Las primeras dudas culposas y perturbadoras se gestaron ante el ritmo inevitable de la crianza, cuando

ya criticábamos en la práctica el imaginario acerca de que la maternidad fuera lo único que signaba nuestro futuro. Ante la dualidad de metas e intranquilidad por el cambio, varias nos separamos de los padres de las y los hijos y tomamos rumbos distintos. La ambigüedad de proyectos fueron las expresiones dominantes sobre la maternidad en esa época, como dice otra integrante del Grupo Mujer y Sociedad.

“Para mí, fue una opción entre varias. Implicó aprender a compatibilizar actividades profesionales con las propias de la maternidad, haciendo un reordenamiento de prioridades y responsabilidades personales y profesionales”.

Ya para algunas comenzó a ser una opción en respuesta a una historia de vida signada por la soledad, como recuerda Guiomar:

“La maternidad fue un logro, ya que no quería ser esposa, sino que buscaba un padre para un hijo que quería tener. Me satisfizo enormemente, ha sido la relación más cercana de mi vida, porque mi mamá murió y mi padre era alcohólico y yo he tenido miedo de mis relaciones sin permanencia”.

Ya en la época, comenzamos a volcarnos hacia la maternidad como efecto del placer de una relación amorosa heterosexual y, además, como fuente del mismo: maternidades que se movían entre las contradicciones de la formalidad y al mismo tiempo construir un amor libertario que comenzaba a estar en boga en la época. Eran tiempos en que predominaba el amor eterno prescrito por la iglesia católica; ideas que persistían desde la época de nuestras progenitoras, por lo que nuestra postura se consideraba contracultural, como lo rememoró Juanita.

“Para mí, ser madre significó una posibilidad de experimentar en mi propio cuerpo una realidad no soñada, ni pensada, ni deseada, ni programada en ese momento de mi vida. Corría el año 1971 cuando las delicias del placer y los desastres del descuido, me

hicieron percibir un retraso en mis cuentas menstruales y empezamos a pensar en cómo seguir haciendo el amor libremente. Los dos meses de zozobra por el retraso menstrual dieron paso a la necesidad de seguir gozando las mieles del néctar del sudor y los humores que se mezclan en las pieles que se juntan. No quisimos causar dolor a las tradiciones religiosas de mis familias, ni dar “mal ejemplo” a mi hermana y mis hermanos menores y junto con mi amado, dijimos al unísono: nos – casamos- pero no nos amedrentarán las decisiones de las instituciones represivas de la Iglesia y del Estado, que en su perversa unión concordataria se amangalaban para obligarnos a apostatar de una fe que ya se había vuelto añicos. Finalmente, aceptamos con el compromiso de separarnos cuando no deseáramos sostener vivo el deseo de encontrarnos y de jugar a estar juntos.”

En medio de una respuesta contracultural a instituciones represivas María Himelda, vivió una experiencia dolorosa y tuvo que afrontarlo con su compañero y cargar con la represión familiar y la deficiencia de la atención hospitalaria que, ante una emergencia al nacer, no contaban con las madres:

“Fui gestante a los 21 años de un embarazo gemelar traumático. Atónita frente a lo que significaba portar dos vidas que manifestaron su fragilidad al nacer prematuras, experimenté la muerte de una de ellas. El apoyo fundamental con el que conté fue con el del coautor de esas vidas, pues en mi medio familiar me hicieron sentir que había defraudado las expectativas de culminar una carrera que quedaría interrumpida. La atención médica fue muy deficiente, pues el embarazo gemelar se confirmó unos pocos días antes del nacimiento, por medio de una radiografía que solía desaconsejarse. La bebé sobreviviente, nos fue sustraída por las prescripciones de la incubadora durante dos meses, en que apenas podíamos verla a través de ese aparato (medidas anteriores al programa Canguro). No fue posible lactarla y conviví con el fantasma de la muerte - por lo cual, desarrollé una actitud sobreprotectora, quizás con consecuencias muy perjudiciales. No quería repetir la experiencia de más hijas o hijos, pero al pasar el tiempo, reconsideré esa posibilidad y nació otra hija y un hijo, frutos del deseo y del amor”.

Esta dura experiencia termina con una conclusión satisfactoria, ahora ya abuela, observó a sus hijos viviendo por sí mismos y mismas, superando por completo los efectos de sus tendencias a la sobreprotección.

En la manera como les educamos, nosotras tendimos a ser rebeldes contra el autoritarismo, porque ya comenzaban a estar en crisis los modelos educativos tradicionales que retomaban la educación con el adagio de que la “letra con sangre entra” y se cuestionaba la creencia en impartir normas e imponer el respeto, como base de la formación de las nuevas generacionales. Al contrario, uno de nuestros guías educativos fue el doctor Spock, los modelos educativos basados en la libertad como Summer Hill que recomendaban evitar las normas, no poner límites, provocar el que niños y niñas tendieran al placer, brindarles su propia orientación hacia el bien y no fijar previamente el destino.

Por rebelarnos contra las visiones religiosas, fue común el que eligiéramos colegios con proyectos educativos alternativos en los que se uniera el conocimiento con la posibilidad de una infancia feliz, marcado por el deseo de saber. Las críticas ante la dirección unívoca de la iglesia católica, nos llevó a proponerles libertad de elección. En cuanto a las creencias religiosas, llegábamos a preocuparnos porque su sexualidad fuera activa y tranquila.

d- ¿Cómo significaron los hijos e hijas nuestras maternidades?

Como manifesté al principio del texto, en un panel María Clara sintetizó los escritos de nuestras hijas e hijos: “Releyendo sus lúcidos y sentidos aportes aventurarme a mirar con gratitud este sin fin de puertas abiertas que han dejado tras de sí estas valientes mujeres... Estuvimos inmersas en hogares feministas con todas las contradicciones que supone unir la teoría y la práctica”. Paula recuerda: “no me dio la clásica barbie para jugar, sino un juguete

cubano, por supuesto no podía darnos un modelo de mujer anoréxica, plástico y pasiva, el cuerpo nos enseñó a apreciarlo como lugar del poder, así las vecinas se escandalizarán, en la vida adulta me dio la posibilidad de asumir la maternidad como una decisión, no como una carga”. Camila lo define como una oportunidad para resignificar la feminidad y celebrar el don de la vida, aprecia heredar convicciones que les impiden aceptar la desigualdad y el abuso. Keka, María Angélica Gutiérrez, la mayor de las hijas de Kica, da cuenta de su experiencia, no solo por su madre, sino por su padre. Así enfatiza en que, gracias a ellos, aprendió a andar con libertad por la vida. Más adelante, y creo que en eso confrontamos muchas de las hijas, no nos enseñaron a cocinar, a remendar o a zurcir, pero no nos hizo falta, pues estas cosas se aprenden sin complejos y sin terapia con el psicólogo. Keca: Mi hija dice que la única diferencia entre niñas y niños es que no se dan puñetazos y que por eso prefiere ser niña. Aunque no entiende por qué la abuela tuvo que luchar para que las mujeres no se quedaran en la casa, si a veces a ella le parece muy duro tener que ir todos los días a la escuela. Un nieto de Kika afirma: A través de ella pude desde pequeño enterarme de la lucha feminista y así puedo concluir entre un sinfín de enseñanzas, que mi abuela me mostró que se puede amar el derecho a ser iguales, y con eso aprendí también a amar mis derechos como ser humano y como igual”.

Milena Arango (2019) afirma que ella y su hermana, aprendieron a ser mujeres independientes, con ganas de devorar el mundo, buscar la libertad, pero lo que más reitera “es una interacción amorosa. Leyéndoles cuentos las enseñó a escuchar y como el eco quedó en sus historias grabado el significado de mujer como fuerza, sagacidad, pasión, verraquera y sabiduría. Además de recibir una imagen de mujer como fuerza, berraquera y sabiduría”. Juliana (2019), afirma haber tenido: una madre feminista me enseñó la dignidad de ser mujer; me enseñó que el mundo se ve de distintas maneras según el lugar donde estemos paradas; me enseñó una forma de analizar

todo lo que nos rodea. El feminismo como categoría de análisis me enseñó que todo está conectado como una red, que los chistes nos enseñan igual o mucho más que un libro. Mi madre feminista me enseñó a mí y a mi parche de amigas y amigos, a pensarnos como seres iguales y a la vez diferentes. Gracias a mi madre amo a mis amigos hombres, me enseñó a luchar por los cambios y me mostró que todo puede ser posible. Mi madre feminista me regaló lecturas hermosas de vida de mujeres de diversas partes del mundo. Mi madre feminista me enseñó a amar mi menstruación y a que las nubes tienen las formas que queremos ponerles.

Marcela se une a estas opiniones y agrega que estas señoras maravillosas le enseñaron que el cambio de mujeres y hombres no debe ser solo intelectual, sino emocional. Dice:

“Comprendí que no se trataba de poder sino de amor; de lucha, sino de escucha; que cada ser sabe hacer unas cosas mejor que el otro, o simplemente le gusta hacerlas. Natalia por su parte desde Canadá escribió:

“No todos tenemos la suerte de tener un papá que lucha por la paz y una mamá por el derecho de las mujeres. Desde chiquita me costó trabajo verla escribiendo su famoso libro, famoso para mí, porque encontraba a la coautora hasta la madrugada en mi casa y de adolescente me espantaba los novios, cuando sabían del trabajo de mi madre. Ahora, felizmente casada, le doy las gracias por haber luchado por ese cambio para las mujeres”.

Ximena Hurtado, afirma que esta situación contiene dos dimensiones particulares asociadas: “La academia y ser hija de madre feminista. Eso que para mí es natural, me muestra que los avances son muchos y que el camino todavía es largo. Sé que crecí en el feminismo de la igualdad... No jugué con muñecas porque no me gustaba, pero tampoco jugué con carritos y prefería construir casas a hacer deportes. Cuando me enfermaba me regalaban libros de princesas y dragones o de gestas épicas. Veíamos película de guerras espaciales y más bien poco Disney. Me

disfranzaba con las pañoletas de mi abuela y cuando no había opción, mi mamá me decía que se valía recurrir a las patadas. Preguntarme si soy feminista es preguntarme por qué me llamo Jimena o por qué tengo los ojos del color que los tengo. Es así. Pero si quisiera compartir esa sensación de posibilidad casi infinita que da la igualdad, y a la vez, esa frustración cuando me doy cuenta que mis interlocutores me clasifican y se clasifican en categorías limitantes que más que diferenciarnos”.

Nicolás Morales, por su parte, rememoró:

“Yo creo que en el fondo sí estamos agradecidos con una mirada de la ética, una mirada responsable en todas las discusiones que tengamos. Ser hijo de feministas implicó preguntarse ¿Qué tanto hemos incorporado los discursos y prácticas en nuestras profesiones? Y ¿qué tanto nuestra vida cotidiana se transformó por esos relatos de infancia, de juventud, de adolescencia?, Y como una cosa que siempre me ha llamado la atención es que si bien, yo no me he reconocido nunca como feminista: ¿Qué tan posible es haber desarrollado una sensibilidad frente a todos estos temas en todos los aspectos de la vida, gracias a ustedes?”

Nicolás además recordó varias anécdotas en su vida profesional en las que sus escritos lo llevaron a discutir con el lenguaje incluyente que al principio no aceptaba. En su quehacer docente, defendía a quienes descalificaban a las feministas, sus artículos y en la editorial. Termina comunicándole a Florence que habría querido aprender a cocinar como ella y finalmente, le dio un toque de humor a su participación al rememorar que no ha sido fácil vivir cuando lo presentaban no con sus antecedentes profesionales u otras cualidades, sino comentarios cómo ¿saben quién es? el hijo de Florence Thomas, mientras al que estaba al lado, lo llamaban doctor o gerente.

Ser mamá, en medio de tantos cambios culturales y sociales fue más complejo que lo traído a colación por las hijas, ante tantas contradicciones vividas por nosotras; en ese sentido el Grupo Mujer y Sociedad, se volvió una red de solidaridad, porque los

lazos de amistad que teníamos fueron sólidos y entre nosotras de eso se trataba. Sin embargo, así no lo percibían nuestros hijos e hijas. En sus adolescencias, cuando se comentaba un problema, ellos los señalaban como imprudencia, pues se nos salía en las conversaciones sus secretos. Por supuesto y con razón apodaron el grupo “Chisme, mujer y sociedad”, prohibiéndonos comentar sobre sus problemas en el mismo. No recuerdo qué tanto les hicimos caso, porque nos necesitábamos como amigas y en la medida que ya pasaron a la universidad fueron disminuyendo estos conflictos que, por supuesto, no sabíamos a veces como abordar. Recuerdo que cuando mi hija mayor era muy niña, ella misma me regañó porque le conversé sobre el aborto, pero en otra ocasión, me comporté como una madre tradicional, porque usó un anticonceptivo.

La generación de nuestros hijos e hijas en su juventud sufrió un contexto muy violento en Colombia, país que sufre este flagelo constantemente. Fue al mismo tiempo del auge del narcotráfico, las bombas en las ciudades, los asesinatos ejecutados por las mafias de Medellín y de Cali, las muertes de los líderes políticos, el magnicidio de cuatro candidatos presidenciales, de representantes al congreso, de la masacre de la Unión Patriótica, entre otros magnicidios.

Durante mucho tiempo, pasar por la Plaza de Bolívar para mí significaba recordar los muertos y varias marchas por la paz las hicimos, vestidas de blanco o con velas. Creo que este período histórico produjo desesperanza en la generación que estábamos formando. Ahora, revisando sus historias vitales, me pregunto: ¿Por qué ninguno de nuestros hijos e hijas se dedicó a construir su vida como líder político o lideresas feministas? No quiere decir que varios

no se destaquen como profesionales y de hecho, no vivan a partir de compromisos sociales por la paz o por el desarrollo cultural o la docencia, pero no se enfrentaron con la política partidista. ¿Será que encontraron en el arte, en la academia y en la acción social las formas de proyectar su vida? Posiblemente no acepten el fundamentalismo que requiere a veces los liderazgos radicales. ¿Por qué varios viven fuera de Colombia? ¿No será que las situaciones violentas del país y el efecto de la globalización, los hicieron partir? Y solo me pregunto: ¿Cuándo será que Colombia les ofrece mejores posibilidades de proyectarse socialmente?

Y la maternidad continúa: ya cumplimos los 70 años, con frecuencia las dependencias con relación a los hijos e hijas se invierten ¿Será que estamos preparadas para revertir tanta autonomía, aceptar que ellas y ellos nos cuiden y solo ser cuidadas? De todos modos, comparto los sueños de Guiomar (2021) al respecto: “Voy a envejecer cerca de esos seres que he cultivado, son mis referencias vitales. Continuar con los vínculos más estrechos que he tenido en mi vida”. En la práctica observo que la vejez nos ha unido más a esas relaciones amorosas tan importantes para nuestras vidas. Compartimos vacaciones, pasamos las celebraciones, nos asisten en las enfermedades. Al tiempo nos generan orgullo sus triunfos y dolor sus derrotas. Es decir, la maternidad continúa.

Espero que estas breves notas faciliten a otras mujeres evocar recuerdos de las ambigüedades, sobre las alegrías, las tristezas y las paradojas, que la maternidad nos provocó y aún nos sigue generando. No es fácil experimentar lo que significa la maternidad en un contexto de tantos cambios históricos, culturales y sociales, en especial, en este conflictivo país donde nos tocó para vivir.

Bibliografía

Badinter, E. ¿Existe el amor maternal? Barcelona. Paidós. 1981.

Dueñas, G. Del amor y otras pasiones. Bogotá. Universidad Nacional de Colombia. 2013.

Fernández, Ana María. La mujer de la Ilusión. Mendoza. Paidós. 1994.

Puleo, Alicia. Los perfiles filosóficos de la maternidad. En: Las mujeres y los niños primero. Madrid. Icaria. 2004.

Puyana Villamizar, Y. “El familismo: sus fuentes y su articulación con la legislación colombiana” Revista PaloObra - Palabra que obra <https://doi.org/10.32997/2346-2884-vol.19-num.1-2019-2466>. 2019.

Rich, A. Nacemos de mujer: la maternidad como experiencia e institución. Madrid. Traficante de sueños. 2019.

Saleti Cuesta, L. Propuestas teóricas feministas en relación al concepto de maternidad. San Cristóbal. Universidad de la Laguna. 2008.

Tubert, S. Figuras del padre. Madrid Cátedra. 1997.